



IV

**E**L Sr. Dambreuse, cuando Deslauriers se presentó en su casa, pensaba en reavivar su gran negocio de hullas. Pero aquella fusión de todas las compañías en una sola era mal vista; llamábanla monopolio, como si no se necesitaran, para tales explotaciones, inmensos capitales.

Deslauriers, que acababa de leer exprofeso la obra de Gobet y los artículos de Chappe en el *Diario de Minas*, conocía la cuestión perfectamente. Demostró que la ley de 1810 establecía en provecho del concesionario un derecho impermutable. Además, podría darse á la empresa un color democrático; impedir las reu-

nes hulleras era un atentado contra el derecho mismo de asociación.

El Sr. Dambreuse le confió notas para redactar una memoria. En cuanto á la manera de pagar su trabajo, tanto mejores cuanto que no eran precisas.

Deslauriers volvió á casa de Federico desde allí y le refirió la conferencia. Había visto también á la señora de Dambreuse al salir al pie de la escalera.

—Mi enhorabuena por ella, ¡pardiez!

Después hablaron de la elección. Había que inventar algo.

Tres días después, Deslauriers trajo una hoja escrita para los periódicos, que era una carta familiar, en que el Sr. Dambreuse aprobaba la candidatura de su amigo. Sostenida por un conservador y elogiada por un rojo, debía triunfar.

¿Cómo el capitalista firmaba semejante lucubración? El abogado, sin el menor inconveniente, había estado por su propia cuenta á enseñársela á la señora de Dambreuse, que, encontrándola muy bien, se encargó de lo demás.

Aquel paso sorprendió á Federico; sin embargo, lo aprobó. Luego, como Deslauriers tenía que entenderse con el Sr. Roque, le contó su posición respecto á Luisa.

—Diles cuanto quieras; que mis negocios es-

tán turbios; que los arreglaré; que es bastante joven para esperar.

Deslauriers se marchó y Federico se consideró como hombre muy fuerte. Experimentaba además, una profunda satisfacción. Su alegría por la conquista de una mujer rica no se hallaba contrariada por oposición alguna; el sentimiento se armonizaba con el medio; su vida, ahora, se componía de dulzuras por todas partes.

La más exquisita, quizás, era contemplar á la señora de Dambreuse, entre muchas personas, en su salón. La conveniencia de sus maneras le hacía soñar en otras actitudes; mientras que hablaba ella en tono de frialdad, recordaba sus balbucientes palabras de amor; todos los respetos hacia su virtud le deleitaban como homenaje que reflúa en él, y muchas veces le daba deseo de gritar: «Yo la conozco mejor que vosotros. Es mía.»

Su intimidad no tardó en ser cosa convenida, aceptada. La señora de Dambreuse, durante todo el invierno, llevó á Federico á sociedad.

Llegaba él casi siempre antes que ella; la veía entrar con los brazos desnudos, el abanico en la mano, perlas en los cabellos. Se detenía en el dintel, que la rodeaba como un marco, y manifestaba un ligero movimiento de indecisión, cerrando los párpados, para descubrir si él estaba

allí. Le llevaba en su coche; la lluvia azotaba las ventanillas; los transeuntes se agitaban como sombras en el lodo, y apretados uno con otro veían todo aquello, confusamente, con tranquilo desdén. Bajo diferentes pretextos, permanecía aún una hora larga en su cuarto.

Por aburrimiento, principalmente, había cedido la señora de Dambreuse. Pero aquella última prueba no debía ser perdida; quería un gran amor, y le colmó de adulaciones y caricias. Le enviaba flores, le bordó una silla, le regaló una petaca, un escritorio, mil cosillas de uso diario, para que no hubiera acto suyo independiente de su recuerdo. Estas atenciones le encantaron al principio, y muy pronto le parecieron perfectamente simples.

Alquilaba ella un coche, lo despedía á la entrada de un paraje, salía por el otro lado; luego deslizándose á lo largo de las paredes, con doble velo para ocultar su rostro, llegaba á la calle en que Federico, de centinela, la cogía del brazo apresuradamente para llevarla á su casa. Sus dos criados se paseaban, el portero hacía encargos; miraba ella á su alrededor, y no había nada que temer; exhalando un suspiro, como de desterrado que vuelve á ver su patria. La suerte les hacía atrevidos. Sus citas se multiplicaron; una noche hasta se presentó de repente en gran *toilette* de baile. Aquellas sorpresas podían ser

peligrosas, y le riñó por su imprudencia; además, no le agradó, porque su escote descubría demasiado su flaco pecho.

Y entonces conoció lo que se había ocultado: la desilusión de sus sentidos; no por eso dejaba de finjir grandes ardimientos; pero para sentirlos necesitaba evocar la imagen de Rosanette ó de la señora de Arnoux.

Aquella atrofia sentimental le dejaba la cabeza completamente libre, y más que nunca ambicionaba una alta posición en el mundo. Puesto que tenía un alzapué semejante, lo menos que podía hacer era servirse de él.

Hacia mediados de Enero, una mañana, Sénecal entró en su gabinete, y ante su exclamación de sorpresa, contestó que era secretario de Deslauriers, y hasta le llevaba una carta, que contenía buenas noticias y le reñía, sin embargo, por su negligencia; era preciso ir por allí. El futuro diputado dijo que se pondría en camino al día siguiente.

Sénecal no expresó opinión sobre aquella candidatura; habló de su persona y de los asuntos del país. Por lamentables que fueran, le alegraban, porque se iba al comunismo. En primer lugar la administración llevaba las cosas hacia su fin, después, cada día había más cosas regidas por el Gobierno. En cuanto á la propiedad, la Constitución del 48, á pesar de sus debilidades, no

la había tratado bien; en nombre de la utilidad pública, el Estado podía tomar en lo sucesivo lo que juzgara convenirle. Sénecal se declaró por la autoridad, y Federico observó en sus discursos la exajeración de sus propias palabras á Deslauriers. El republicano hasta tronó contra la insuficiencia de las masas.

—Robespierre, al defender el derecho del menor número, llevó á Luis XVI ante la Convención nacional, y salvó al pueblo. El fin legítimos medios. La dictadura es algunas veces indispensable. Viva la tiranía, siempre que el tirano haga el bien.

Su discusión duró mucho tiempo, y al marcharse, Sénecal confesó (quizás era aquel el objeto de su visita) que Deslauriers se impacientaba mucho del silencio del Sr. Dambreuse.

Pero el Sr. Dambreuse estaba enfermo. Federico le veía diariamente, en su cualidad de íntimo, era admitido hasta donde se hallaba.

La destitución del general Changarnier, había conmovido extraordinariamente al capitalista.

Aquella misma noche sintió un gran calor en el pecho, con una opresión que no le consentía estar acostado. Algunas sanguijuelas le proporcionaron inmediato alivio. Desapareció la tos seca, se hizo más tranquila la respiración, y ocho días después, dijo bebiendo un caldo:

—¡Ah! esto va mejor; pero he estado expuesto á hacer el último viaje.

—No sin mí—exclamó la señora de Dambreuse, significando con aquella frase que no habría podido sobrevivirle.

En vez de contestar, dirigió á ella y á su amante una singular sonrisa, en que á la vez había resignación, indulgencia, ironía, y algo como una chispa, una segunda intención casi alegre.

Federico quiso ir á Nogent, la señora de Dambreuse se opuso, y hacía y deshacía su maleta, según las alternativas de la enfermedad.

De improviso, el Sr. Dambreuse escupió sangre en abundancia. Consultados los «príncipes de la ciencia,» no vieron nada nuevo. Sus piernas se hinchaban y aumentaba la debilidad. Había manifestado muchas veces deseos de ver á Cecilia que estaba al otro extremo de Francia con su marido, nombrado recaudador hacía un mes; hasta ordenó expresamente que la llamaran.

La señora de Dambreuse escribió tres cartas y se las enseñó.

Sin fiarse ni áun de la religiosa, no le abandonaba un segundo, no se acostaba ya. Las personas que se apuntaban en la lista de la portería, se enteraban de ella con admiración, y los transeuntes se mostraban llenos de respeto ante

la cantidad de paja que había en la calle, debajo de las ventanas.

El 12 de Febrero, á las cinco, se declaró una espantosa hemotisis; el médico de cabecera avisó el peligro, y corrieron á buscar un sacerdote. Durante la confesión del Sr. Dambreuse, la señora le miraba de lejos curiosamente; después de ella, el joven doctor puso un vegigatorio y esperó.

La luz de la lámpara, semioculta por muebles, alumbraba la habitación desigualmente. Federico y la señora de Dambreuse, al pié de la cama, observaban al moribundo. En el hueco de una ventana, el sacerdote y el médico hablaban á media voz; la buena hermana, de rodillas, rezaba sus oraciones.

Por fin se oyó un estertor; se enfriaron las manos, empezó á palidecer el rostro. A veces respiraba de repente enormemente; poco á poco con menor frecuencia, se le escaparon dos ó tres palabras confusas; exaló un débil suspiro al mismo tiempo que sus ojos se volvían, y la cabeza cayó á un lado de la almohada.

Todos, durante un minuto, permanecieron inmóviles. La señora de Dambreuse se aproximó y sin esfuerzo, con la sencillez del deber le cerró los ojos. Después abrió los brazos, retorciéndose como en el espasmo de una desesperación contenida, y salió apoyada en el médico y en la

religiosa. Un cuarto de hora después Federico subió á su habitación.

Sentíase en ella olor indefinible, emanación de cosas delicadas que la llenaban. Encima de la cama, extendíase un traje negro, que interrumpía el color rosa del cubre pies.

La señora de Dambreuse se hallaba al lado de la chimenea, de pie. Sin suponerla violento pesar, creía él que estaría algo triste, y la dijo con voz doliente:

—¿Sufres?

—¿Yo? no; nada.

Al volverse, vió el traje y lo examinó, diciéndole á seguida que no se molestase.

—Fuma si quieres. Estás en mi casa.

Y con un gran suspiro, añadió:

—¡Ah! Virgen santa ¡qué libertad!

Federico, admirado de la exclamación, contestó besándola la mano:

—Con todo; bien libres éramos.

Aquella alusión á la facilidad de sus amores pareció ofender á la señora de Dambreuse.

—Tú no sabes los servicios que yo le prestaba, ni en medio de qué angustias he vivido.

—¿Cómo?

—Pues sí. Era una seguridad tener siempre á mi lado aquella bastarda hija, introducida en la casa á los cinco años de matrimonio, y que sin mí, seguramente, le hubiera empujado á alguna tontería.

Entonces explicó sus negocios. Se había casado bajo el régimen de la separación de bienes. Su patrimonio eran 300 mil pesetas. El señor Dambreuse, por su contrato, le había asegurado, en caso de supervivencia, 15.000 pesetas de renta con la propiedad del hotel. Pero poco tiempo después, hizo un testamento por el cual le daba toda su fortuna, que evaluaba en más de tres millones.

Federico abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso valía la pena, ¿no es verdad? Por lo demás, yo he contribuido á ese resultado. Era, pues, mis bienes lo que defendía; Cecilia me hubiera despojado injustamente.

—¿Por qué no ha venido á ver á su padre?— dijo Federico.

A aquella pregunta, le miró la señora de Dambreuse, y contestó á seguida secamente:

—No lo sé; falta de corazón, indudablemente. ¡Oh! la conozco; así que no tendrá de mí un céntimo.

—No molestaba mucho, al menos después de su matrimonio.

—¡Ah! su matrimonio—dijo sonriendo la señora de Dambreuse. Y se lamentaba de haber tratado demasiado bien á aquella pécora, que era celosa, interesada, hipócrita. «Todos los defectos de su padre» y le denigraba más y más. Nadie de una falsedad tan profunda, además

cruel, duro como una piedra «un mal hombre, un mal hombre.»

Hasta á los más discretos se escapan faltas. La señora de Dambreuse acababa de cometer una con aquel descubrimiento de ódio. Federico, enfrente de ella, en una mecedora, reflexionaba escandalizado.

Levantóse ella y se colocó suavemente sobre sus rodillas.

—Tú solo eres bueno; solo á tí te amo.

Mirándole, su corazón se enterneció y una reacción nerviosa le arranco lágrimas, murmurando:

—¿Quieres casarte conmigo?

Creyó él al punto no haber comprendido; aquella riqueza le aturdió. Ella repitió más alto:

—¿Quieres casarte conmigo?

Por fin contestó él sonriendo:

—¿Lo dudas?

Pero el pudor le dominó enseguida y para dar al difunto una especie de reparación, se ofreció á velarle personalmente; pero como le avergonzaba aquel sentimiento piadoso, añadió en tono ligero:

—Sería quizás lo más conveniente.

—Sí, tal vez—dijo ella—por los criados.

Habían sacado la cama enteramente fuera de la alcoba. La religiosa estaba al pie, y á la

cabecera un sacerdote, y otro, hombre alto y flaco, aire español y fanático. Sobre la mesa de noche, cubierta con un paño blanco, ardían tres candeleros.

Federico cogió una silla y miró al muerto.

Su rostro estaba amarillo como la paja; un poco de espuma sanguinolenta señalaba los extremos de la boca. Tenía un pañuelo atado á la cabeza, una chaqueta de punto y un crucifijo de plata sobre el pecho, entre sus brazos cruzados.

¡Había concluido aquella existencia llena de agitaciones! ¡Cuántas visitas á las oficinas, cuántas cifras alineadas, cuántos negocios manejados, cuántas memorias oídas! ¡Cuántas charlatanerías, qué de sonrisas, qué de genuflexiones! Porque había aclamado á Napoleón, á los cosacos, á Luis XVIII, al 1830, á los obreros, á todos los regímenes, acariciando al Poder con tal amor, que hubiera pagado por venderse.

Pero dejaba la propiedad de la Fortelle, tres manufacturas en Picardía; el bosque de Crancé en el Yona, una finca cerca de Orleans, valores mobiliarios considerables.

Federico hizo de ese modo la recapitulación de su fortuna; y todo aquello iba á pertenecerle. Pensó primero en «lo que dirían», en un regalo para su madre, en sus carruajes futuros, en un antiguo cochero de su familia, que quería hacer su conserje. La librea no sería la misma

naturalmente. Tomaría el gran salón como gabinete de trabajo; nada impedía derribar tres paredes, y formar en el piso segundo una galería de cuadros; quizás habría medio de organizar abajo una sala de baños turcos. En cuanto al despacho del Sr. Dambreuse, parecía desagradable; ¿para qué podía servir?

El sacerdote que se sonaba, á la buena hermana arreglando el fuego, interrumpían brutalmente aquellas fantasías. Pero la realidad las confirmaba; el cadáver estaba siempre allí. Sus párpados se habían vuelto á abrir, y las pupilas, aunque anegadas en viscosas tinieblas, tenían una expresión enigmática, intolerable. Federico creía ver en ellas como una especie de juicio sobre él y casi sentía remordimientos, porque jamás tuvo que quejarse de aquel hombre, que, al contrario... «Vamos, un viejo miserable», y lo miraba de más cerca, para fortalecerse, gritándole mentalmente.

—¿Y qué, te he matado yo?

A todo esto el sacerdote leía su breviario; la religiosa, inmóvil, dormitaba; las torcidas de las hachas se alargaban.

Durante dos horas se oyó el sordo rodar de las carretas que desfilaban hacia los mercados. Blanquearon los cristales, pasó un coche, después un grupo de burras que trotaban por la calle, y golpes en los picaportes, gritos de vende-

dores ambulantes, ruido de trompetas; todo se confundía ya en la gran voz de París que se despertaba.

Federico se dedicó á los encargos. Fué primero á la alcaldía para hacer la declaración; después, cuando el médico de los difuntos dió su certificado, volvió á la alcaldía á decir el cementerio que escogía la familia, y á entenderse con la agencia funeraria.

El empleado exhibió un dibujo y un programa, indicando el uno las diversas clases de entierros y el otro el completo detalle del decorado. ¿Se quería un carro con galería ó un carro con penachos, caballos trenzados, lacayos con plumero, iniciales ó un blasón, lámparas fúnebres, un hombre para llevar los honores, y cuántos coches? Federico tiró de largo; la señora de Dambreuse deseaba que no se economizara nada.

Después fué á la iglesia. El vicario de los cortejos empezó por censurar la explotación de las pompas fúnebres, así que el oficial para los objetos de honor, era verdaderamente inútil; muchos cirios valían más. Se convino en una misa con música. Federico firmó lo convenido, con obligación solidaria de pagar todos los gastos.

Se dirigió enseguida al Ayuntamiento para a compra del terreno. Una concesión de dos

metros de largo por uno de ancho costaba 500 pesetas. ¿Era una concesión por 50 años ó perpetua?

—¡Oh! perpetua, dijo Federico.

Tomaba la cosa por lo sério, se molestaba. En el patio del hotel, le esperaba un marmolista para enseñarle cuentas y planos de tumbas griegas, egipcias, árabes, pero el arquitecto de la casa había ya conferenciado con la señora sobre esto; y en la mesa del vestíbulo se hallaban toda clase de prospectos relativos á la limpieza de los colchones, á la desinfección de las habitaciones, á diversos procedimientos de embalsamamiento.

Después de su comida, volvió á casa del sastre para el luto de los criados, y tuvo que hacer un último encargo, porque había pedido guantes de castor y eran guantes de seda los que procedían.

Cuando llegó al día siguiente á las diez, el gran salón se llenaba de gente, y casi todos decían hablándose en tono melancólico:

—¡Yo le he visto aún no hace un mes! ¡Dios mío, esta es la suerte de todos!

—Sí; pero procuremos que sea lo más tarde posible.

Entonces se lanzaba una risita de satisfacción, y hasta se entablaban diálogos perfectamente extraños á las circunstancias. Por fin el

maestro de ceremonias, de frac negro á la francesa y calzón corto, con capa, con su banda, espadón al costado y tricornio debajo del brazo, articuló, saludando, la frase de costumbre:

—Señores, cuando ustedes gusten.—Y marcharon.

Era día de mercado de flores en la plaza de la Magdalena; hacía un tiempo claro y suave, y la brisa que movía un poco las barracas de lienzo, hinchaba, en las orillas, el inmenso paño negro colgado de la puerta principal. El escudo del Sr. Dambreuse ocupaba un cuadro de terciopelo y se repetía tres veces. Era de *sable con el lado izquierdo de oro, con puño cerrado, guantelete de plata*, con la corona de conde y esta divisa: *Por todos los caminos*.

Los portadores subieron hasta lo alto de la escalera el pesado ataúd, y entraron.

Las seis capillas, el hemiciclo y las sillas estaban vestidos de negro. El catafalco, debajo del coro, formaba, con sus grandes cirios, un solo foco de luces amarillas. En los dos ángulos ardían, en candelabros, antorchas de espíritu de vino.

Los más importantes tomaron sitio en el santuario, los demás en la nave, y empezó el oficio. Excepto algunos, la ignorancia religiosa de la mayoría era tan profunda, que el maestro de ceremonias, de cuándo en cuándo, les hacía

seña para que se levantaran, se arrodillaran y volvieran á sentarse. El órgano y los dos contrabajos alternaban con las voces; en los intervalos de silencio se oía el murmullo del sacerdote en el altar; después la música y los cantos se repetían.

Una luz mate caía de las tres cúpulas; pero la puerta abierta enviaba horizontalmente como un río de claridad blanca que tocaba en las cabezas descubiertas; y en el aire, á la mitad de la altura de la nave, flotaba una sombra, entrecortada por los reflejos del oro que decoraba la moldura de las pechinas y el follaje de los capiteles.

Federico, para distraerse, oyó el *Dies iræ*; se fijaba en los asistentes; trataba de ver las pinturas demasiado altas que representaban la vida de la Magdalena. Felizmente, Pellerin se acercó á él, y empezó seguidamente, á propósito de los frescos, una larga disertación. La campana sonó, y salieron de la iglesia.

El carro fúnebre, adornado con paños colgantes y altos plumajes, se encaminó hácia el Père Lachaise, tirado por cuatro caballos negros de crines trenzadas, con penachos, y envueltos hasta los cascos en anchos gualdrapas bordados de plata. Su cochero, con botas á lo escudero, llevaba un sombrero de tres picos con un largo crespón que caía. Las cintas correspon-